

Las mujeres de ciudad Juárez (o como sobrevivir en la ciudad más violento del mundo)

Judith Torrea

Fuente: <http://etiquetanegra.com.pe/> (el artículo tiene fotos)

Biografía:

Judith Torrea es una periodista especializada en narcotráfico, crimen organizado, pena de muerte, inmigración y política en la frontera de México con EE.UU, realidad que ha cubierto durante los últimos 12 años, 9 de ellos viviendo entre las dos fronteras. Y lo ha hecho para diversos medios estadounidenses (Univision Online, The Texas Observer, Al Día-The Dallas Morning News), mexicanos (revistas Letras Libres, fundada por el Nobel Octavio Paz, y Emeequis), peruanos (Etiqueta Negra) y europeos (agencia alemana DPA, El País, EFE, Le Monde Diplomatique, Expresso). En Tejas trabajó como reportera del Capitolio, siguiendo la política del entonces gobernador George W. Bush. En 1998 se convirtió en la primera periodista española en asistir a la ceremonia de la pena de muerte en Estados Unidos (“Muerte en directo”, Crónica. El Mundo). Formó parte del reducido grupo de prensa que cubre diariamente la política del alcalde de Nueva York Michael Bloomberg siendo la única periodista latina en Room 9, City Hall. Es becaria de la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano, fundada por Gabriel García Márquez, en temas de narcotráfico y violencia en América Latina.

[1]

Los cadáveres son seis. Sangre en la calle. Una balacera mortal. Pero la perito forense Cristina S. todavía no sabe cuántos muertos encontrará esta vez. Piensa que puede ser uno con treinta casquillos de bala percutidos en el cuerpo, como el que encontró dos horas antes. Cristina S. –cuya identidad debe ser protegida por el peligro que conlleva su trabajo– desciende de una camioneta del Servicio Médico Forense de Ciudad Juárez (en el norte de México, frontera con los Estados Unidos), y al hacerlo, mueve su melena con tal gracia que cuatro soldados que conversaban con unas adolescentes en una esquina de la escena del crimen centran ahora sus miradas en otro objetivo. En Ciudad Juárez los peritos de campo van siempre en parejas. Por seguridad. Y porque cada día el trabajo aumenta para las veinte personas de esa oficina (cuatro mujeres), en una ciudad donde ocurren entre ocho y quince asesinatos cada día. Los peritos pueden toparse con sorpresas mortíferas como la que está a punto de encontrar Cristina S. Ella tiene ventiséis años y viste un pantalón marrón y una camiseta azul marino que delata su oficio. Se dirige al primero de los dos coches tiroteados. Su compañero la sigue a unos pasos. Ahí descubre dos muertos. Hay uno más al fondo de la calle, a la salida de una de las casas situadas en la colonia Revolución de México, donde la mayoría de las calles está sin pavimentar, como el setenta por ciento de esta ciudad que surge del desierto indomable.

El silencio huele a muerte latente. Ni los perros ladran, como si prefirieran observar hipnotizados a los ciento cincuenta agentes de las fuerzas de seguridad: soldados, federales, policías municipales y ministeriales, que han cortado la calle con sus unidades y una cinta amarilla. Es una escena común en Ciudad Juárez desde que comenzó la llamada guerra contra el narcotráfico que inició el presidente de México, Felipe Calderón. En sólo dos años, los crímenes suman más de cinco mil, hay diez mil niños huérfanos, y aumentan los secuestros y las extorsiones. El paisaje empieza a parecer el de una ciudad que se va

quedando vacía: ciento dieciséis mil casas han sido abandonadas por sus propietarios, según el ayuntamiento de la ciudad. Diez mil negocios están cerrados. Ahora es difícil encontrar dónde beber una margarita o degustar unos burritos. Doscientas mil personas han buscado refugio en el interior de México o cruzado los tres puentes fronterizos que separan la ciudad más peligrosa del mundo de El Paso, Tejas, la segunda ciudad más segura de los Estados Unidos, en un éxodo de desocupación. Más los que se irán en ataúdes, como los seis cadáveres que Cristina S. está comenzando a conocer.

Cristina S. dice que siempre soñó con trabajar con cadáveres. Le atraía lo desconocido, las preguntas sin respuesta: ¿qué ocurre cuando la vida se acaba? «El hecho de que veas una persona con vida –dice–, para mí es como otra oportunidad más para vivir cada instante, para comenzar de nuevo porque la vida en Juaritos es muy corta». Esta vez nadie vio ni escuchó nada. Ésta es la versión oficial para ir o no ir en busca de los sicarios. Allí hay unos cuarenta niños, convertidos en los testigos de los crímenes, que me cuentan todos los detalles hasta que un grupo de soldados se acerca. Uno de ellos trae una libreta grande. Quieren saber mi nombre, el medio para el que trabajo, mi dirección, y al negarme a darles estos datos, comienzan a grabarme, a tomarme fotografías.

El primer muerto que Cristina S. vio fue el de su padre. Tiempo después su madre consiguió una visa láser estadounidense y empezó a cruzar el puente fronterizo todos los días para cuidar niños en El Paso y sacar adelante a sus tres hijos. Con su salario en dólares, intentaba apartarlos de las ochocientas pandillas que hay en Juárez –que agrupan a más de diecisiete mil jóvenes– consecuencia directa del crecimiento desorbitado de la ciudad, desde los años setenta, por la llegada de las fábricas maquiladoras desde los Estados Unidos, Europa y Japón, en busca de mano de obra barata. Muchas de las familias que dependen de esos trabajos viven en casas construidas con material desechable de las fábricas, que son cámaras frigoríficas en el invierno e infierno en el verano. En esta ciudad que sirve de paso a la cocaína colombiana rumbo a los Estados Unidos, y que es la sede del Cártel de Juárez, el futuro que sueñan muchos adolescentes es el de lujosas mansiones, aviones privados y los mejores campos de polo del mundo en una ciudad desértica.

Ella no. Cristina S., que es la hija hermana mayor, estudió psicología. Antes de trabajar con los muertos lo hizo en un centro de rehabilitación para drogadictos. Hasta que una masacre los convirtió en cadáveres en el 2008. Nunca se supo quién los mató. Ni por qué. Ahora ella comienza a levantar evidencia física de los crímenes, el primer paso de la investigación para determinar la razón de las muertes. De pronto, una adolescente grita mirando hacia uno de los cadáveres: «¡Papá, no, tú no eres! A qué tú no eres, papá». Cuando la perito toma fotos de la escena donde se encuentra el padre de la chica, ella sólo atina a gritar: «Perra».

«Eso es lo peor –dirá después la perito–, que no comprendan tu trabajo. No somos insensibles».

2.

Ana nunca había tenido sexo acompañada de tres armas hasta que lo conoció. Su novio es un joven que lleva tatuado en el pie su propio nombre para que, si lo matan, «se sepa quién fue»: su verdadera identidad. Ella, al descubrirlo, en lugar de apartarse, se enganchó más. Pasó lo mismo el día en que él le confesó cuál era su oficio: un narco.

Ana tiene veintisiete años, y siempre le preguntaba muchas cosas: cómo vendes la droga, cómo la pasas a los Estados Unidos. A él, parecía gustarle la curiosidad de esa mujer lejana a su mundo. Le contestaba todos los detalles y terminaba diciéndole: «Acuérdate bien, vive más el que menos sabe».

Ella es una chica de trabajo fijo en un centro comercial, de trasero y pechos voluptuosos, que conoció a su novio en el 2007, cuando él besó por primera y única vez a su mejor amiga en una discoteca. A ella le llamó la atención ese chico tan guapo, que parecía tener diez años más que los veintiocho que tiene, y le tomó una foto para reírse con su amiga. Así comenzó la historia de la chica buena con uno de los miembros de la logística del Cártel de Juárez. El trabajo de él es clave dentro del cártel y por eso no ha huido, como otros narcos que se llevan a sus familias al lado estadounidense de la frontera.

Había noches que ese hombre llegaba tarde a sus citas. Entonces se disculpaba y le contaba a Ana que se había entretenido un rato con los sicarios. Ellos hacían lo que él ordenaba: matar. Un día Ana le preguntó si había matado. Él le dijo que sí. Ella le preguntó que cuántas veces. Fueron tres. Ana quería saber si estaba arrepentido y él le dijo: «Era su vida o la mía. De que llore su abuelita a que llore la mía, pues que llore la abuelita de ese cabrón que me quiere chingar a mí».

Él vive, por seguridad, en los hoteles más lujosos de Ciudad Juárez. Siempre en las suites. Se va cambiando al mismo ritmo en el que se disfraza, varía de nombres y utiliza carros diferentes, hasta diez en una semana. Hace poco tuvo de vecino en el mismo hotel al presidente de México, Felipe Calderón, y fue emocionante, según Ana, con tantos agentes federales, soldados y el equipo de seguridad del presidente en sus narices.

A él, Calderón no le gusta. Dice que hay una guerra entre el Cártel de Juárez y el de Sinaloa, del Chapo Guzmán (ese narcotraficante que escapó en un carrito de lavandería de una prisión de alta seguridad, en el 2001, y que se ha convertido en uno de los hombres más ricos del mundo, según la lista de la revista estadounidense Forbes). El novio narco de Ana cree que el Ejército apoya al cártel enemigo, el de Sinaloa, para apoderarse de Ciudad Juárez, la mayor plaza del paso de las drogas que llegan desde Colombia a los consumidores de los Estados Unidos. Y esto, para él, no es una guerra contra el narco, sino contra su cártel, el de Juárez. Una guerra que rompe todas las leyes que hay entre los narcos: no ejecutar a inocentes, a niños ni a mujeres. Incluso, dice que hay escuadrones militares que están matando a los jóvenes de Juárez de las colonias más pobres para acabar con la cantera que nutre a su cártel.

Ella intenta sacar la parte buena de su novio, pero hay días en que piensa que es imposible cambiarlo porque él no ha conocido otra vida. Su madre era prostituta y murió de una sobredosis de heroína cuando él era un adolescente. Por eso, dice Ana, él cuida a las chavas con las que coge. Les da dinero para sus hijos, les compra un carrito. «Al final, ellas son prostitutas y él, un malandro», dice. Y ella es una enamorada de las historias de un narco.

3.

Luz María Dávila llegó a la maquiladora huyendo de su hogar. Había pasado tres semanas de luto por la muerte de sus dos hijos, y ya no soportaba las ausencias en su casa. Pero en la fábrica encontró lo que no esperaba: sus compañeros la observaban como a un ídolo, querían

acercarse a ella para felicitarla por haberse atrevido a decirle al presidente de México, Felipe Calderón, lo que ellos sienten: que está equivocado.

Dos semanas después del asesinato de sus hijos, el 12 de febrero del 2010, Dávila saltó el cinturón de seguridad que protegía al presidente en su primera visita a Ciudad Juárez tras el comienzo de su llamada guerra contra el narcotráfico, que ya llevaba dos años. Calderón había dicho que los quince jóvenes masacrados en esa fiesta estudiantil de la colonia obrera Villas de Salvárcar (entre los que estaban los hijos de Dávila) eran unos pandilleros y que tenían vínculos con el crimen organizado. El día de su visita a Juárez, Dávila se le acercó.

En esta ciudad todos los que son asesinados (más de cinco mil, entre estudiantes, profesores universitarios, médicos, abogados, activistas, pequeños empresarios, mujeres y más) pasan a la lista de gente relacionada con el narco, y no se investigan sus muertes. Me lo dice un comandante ministerial que recibe un salario para esclarecer los crímenes.

Dávila mide poco más de un metro y medio, y ese día, ante el presidente, vestía un suéter azul. Junto a él estaban otras autoridades de México, del Estado de Chihuahua, sentados enfrente de un seleccionado auditorio de unos cuatrocientos líderes de Ciudad Juárez. Allí Dávila dijo sin interrupción:

«Discúlpeme, señor presidente, pero no le doy la mano porque usted no es mi amigo. Yo no le puedo dar la bienvenida porque para mí usted no es bienvenido... nadie lo es...

El Ferriz (alcalde) y el Baeza (gobernador) siempre dicen lo mismo, pero no hacen nada señor presidente, y yo no tengo justicia, tengo muertos a mis dos hijos, quiero que se ponga en mi lugar...

No es justo que mis muchachitos estaban en una fiesta y los mataran; quiero que usted se disculpe por lo que dijo, que eran pandilleros. ¡Es mentira! Uno estaba en la prepa y otro en la UACJ (Universidad Autónoma de Ciudad Juárez); no estaban en la calle, estudiaban y trabajaban. Porque aquí hace dos años que se están cometiendo asesinatos, se están cometiendo muchas cosas y nadie hace algo. Y yo sólo quiero que se haga justicia, y no sólo para mis dos niños, sino para todos».

«Por supuesto», alcanzó a decir Calderón. Pero Dávila le contestó: «¡No me diga “por supuesto”, haga algo! Si a usted le hubieran matado a un hijo, usted debajo de las piedras buscaba al asesino, pero como yo no tengo los recursos, no los puedo buscar...». Los días siguientes, los presentadores de televisión hablaban de Dávila al comenzar sus noticieros. Las portadas de los diarios la mencionaban, publicaban su fotografía y resaltaban alguna de sus frases.

¿Pero cómo felicitarla si acababan de ser asesinados sus hijos? De vuelta en su trabajo, entre la grasa y las piezas para construir bocinas para los altavoces de los automóviles por setecientos pesos a la semana (unos cincuenta y cinco dólares), ella habría deseado que todas las miradas admiradas de sus compañeros se convirtieran en una: la de su hijo Marcos, de diecinueve años, que trabajaba delante de ella. Lo hacía hasta las 3:30 de la tarde para después ir a la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, donde estudiaba Relaciones

Internacionales. Al salir, madre e hijo se abrazaban con Luis Piña, el padre, el esposo, que entraba a trabajar como guardia de seguridad en la maquiladora.

Luego, Luz María Dávila regresaba a la casa. A cocinar. A limpiar. A esperar a José Luis, de dieciséis años, que volvía de la preparatoria. Y, en ese ritual de la espera de la familia al completo, compartían alguna broma mientras el pequeño de los Piña Dávila realizaba las tareas escolares. El futuro que ella soñaba darles ahora se ha transformado en una esperanza de que la justicia la redima. Pero teme que puedan llegar las represalias que surgen en Ciudad Juárez para los que denuncian la injusticia en este surrealismo que mata. Ella intenta no caerse por su esposo, José Luis Piña, un chihuahuense de Lagunitas, que la hace sonreír y la mimar desde hace veinte años.

Ahora Luz María Dávila comienza a partir dos pasteles en la cocina de su casa. La acompañan su hermana mayor y los hijos y nietos de ésta. Es su cumpleaños cuarenta y tres. La reunión es en una mesita donde se encontraba hasta hace unas semanas el ataúd de su hijo José Luis, separado del de Marcos por la refrigeradora. Allí ahora hay un pequeño altar con flores y dos fotos en honor a sus hijos, y dos cruces de yeso. Cada tarde ella reza en cada una de las casas de los ocho estudiantes asesinados de su misma calle.

«No quiero más muertos en Ciudad Juárez –dice–. Desde que llegó el Ejército no se puede vivir. Exijo justicia. No la justicia de convertir a inocentes en culpables cuando hay presión a las autoridades como hemos visto, no chivos expiatorios». Dávila viajó a la Ciudad de México junto con Guadalupe Meléndez, la madre de uno de los presuntos sicarios que mataron a sus hijos –un chico de veinticuatro años llamado Israel Arzate Meléndez–. Se conocieron en una marcha contra los asesinatos donde se pedía el retiro del Ejército y la renuncia de los tres niveles de gobierno.

Luz María Dávila es la única madre de la matanza de la colonia de Villas de Salvárcar que se ha negado a aceptar la ayuda que, en esta ocasión, ha ofrecido el gobierno mexicano: el pago de los recibos atrasados de gas, una visa de turista estadounidense para huir de la ciudad y el pago de la mudanza. «Las muertes de mis hijos no están en venta», dice sin titubear. «Ni mi silencio».

4.

Este sábado Leslie G. tuvo de nuevo un enfrentamiento con su jefe, en la barra del bar en el que trabaja. Ella puede acceder a subirse un poquito más la falda. A que sus senos surjan salvajes en su blusita. Incluso, a besarse con sus clientes: narcos, abogados, médicos, sicarios, hombres casados, gordos o feos. Puede hacerlo por unos dólares. Pero a lo que se niega es a servir a los soldados, como su jefe se lo exige. «¿Cómo los voy a atender? –dice–. Se sientan uniformados, con sus armas y otros cuidándolos en la puerta. Mira cómo está la situación y no hacen ni madres [nada]. Se les está pagando, vivimos con retenes militares, y uno chingando para ganar un taco». Ella tiene su dignidad y sus principios –añade–. Aunque sean comandantes.

Leslie G. tiene veintiún años y es la mesera y acompañante más codiciada en la barra más exclusiva de Ciudad Juárez, desde que fue madre en el 2007 y su novio la abandonó en el embarazo. Su mamá incluso la animó a abortar, pero ella se negó. Y no se arrepintió: ahora siente que hay alguien que la quiere.

Comenzó a buscar un trabajo con el que pudiera seguir estudiando cosmetología y cuidar a su pequeño, pero la única opción que encontró fue un anuncio para pasar drogas a los Estados Unidos en diferentes automóviles a cambio de unos doscientos dólares por cada viaje. La otra opción era trabajar en la barra. Prefirió el bar.

Antes ganaba unos trescientos dólares cada noche. Pero desde que comenzó la llamada guerra contra el narco que inició el presidente Calderón, hay días en que no llega ni a los cuarenta dólares. Varios de sus clientes han sido ejecutados, otros huyeron a los Estados Unidos y a los nuevos, los soldados, no les da ni una de sus refrescantes sonrisas, aunque tengan dinero y lleguen con fajos de billetes como antes mostraban los narcos.

Todas las tardes, Leslie G. llega a la barra del bar en una zona de Juárez donde en los años cuarenta estrellas estadounidenses como Liz Taylor, John Wayne o Marilyn Monroe disfrutaban de la diversión y el alcohol prohibido en los Estados Unidos. Los casinos de Juárez fueron el modelo para crear Las Vegas. De esas noches majestuosas, ahora sólo queda el recuerdo con prostíbulos baratos, barras de bares decadentes y la oscuridad de los letreros que anuncian la venta de los negocios.

Leslie G. deja sus pantalones ajustados, se suelta el cabello, se maquilla para recibir a la noche. Lo hace en un cuartito sin ventanas con armario del que surgen varias viejas fotos del líder revolucionario mexicano Pancho Villa, como en la mayoría de los hogares de Ciudad Juárez, que lo tienen en lugar de la Virgen de Guadalupe. Y cuando se mira en el espejo, no reconoce su imagen: «Qué bajo he caído –dice–, como Juaritos».

5.

El cielo estaba hermoso en Nueva York, casi tan intenso como el azul de Ciudad Juárez. Un grupo de jóvenes afroamericanos bailaba un poco de rap para los turistas, mientras que otros caribeños arceciaban con las percusiones mirando hacia el reflejo de los rascacielos en el lago. Una señora en sus sesenta años, con varias cirugías y cabello rubio platino, paseaba a tres perritos por el puente. Una góndola intentaba imitar a las de Venecia, incluso con barítono incluido (algo desentonado) y una pareja de enamorados, y se perdía en el paisaje de ensueño.

–¿Estás segura, Judith, de que quieres regresar a Ciudad Juárez? ¿Dejar todo ese mundo y esas fiestas a las que vas? Puedes morir, el reto en Ciudad Juárez está ahora en sobrevivir un día más –me advirtió el abogado Gustavo de la Rosa, visitador de la Comisión Estatal de Derechos Humanos en Ciudad Juárez.

–Sí. Soy periodista, recuérdalo. A veces me pregunto cuántos muertos hacen falta para que un consumidor estadounidense tenga una dosis de cocaína y la disfrute en paz, aquí en la ciudad de los sueños.

Esta conversación ocurrió un mes antes de mi regreso a Ciudad Juárez. De la Rosa y yo hablamos como nunca antes en estos doce años que nos conocemos. Conversamos por Skype y ambos en dos lugares bien distintos de los Estados Unidos: él desde la frontera, en El Paso, Tejas (había huido días antes tras recibir amenazas de muerte) y yo desde Central Park, en Nueva York, donde vivía otra realidad de la vida: la de las aventuras (y desventuras) de las

estrellas del mundo de la farándula. Era la escritora principal de la mayor revista de espectáculos en el país.

Quería saber cómo estaba él, y darle la noticia de que regresaba a la frontera. Desde que supe de su huida a los Estados Unidos no habíamos podido comunicarnos. De pronto, en la pantalla de mi computadora portátil apareció un hombre distinto al que conozco desde hace tanto tiempo. El de ahora era uno cansado, sin su huracán de vida en la mirada y con su cabello blanco revolucionado.

Regresé a Juárez en octubre del 2009. Algunas de mis fuentes, a las que fui conociendo en los doce años que he cubierto la frontera, ya no estaban. Unas habían huido a los Estados Unidos o al interior de México. Otras estaban en ataúdes. Comencé de nuevo. Otra etapa después de tres años en Nueva York. Un segundo tiempo en esta ciudad donde el horror del feminicidio se reproduce con la fatalidad de los chivos expiatorios. Si antes éste era para las jóvenes bellas (eso sí, todas pobres) ahora se ha democratizado para toda la sociedad: quince años de impunidad y más de quinientas mujeres muertas y decenas de desaparecidas, empujan a un segundo plano la violencia extrema que padece ahora toda la ciudad.

Ahora son las 11:50 de la noche: he acudido a reportar diez crímenes en menos de seis horas. En todo el día murieron quince personas. En la mayoría de los casos, he llegado antes que las fuerzas de seguridad, y a pesar de que para hacerlo he escuchado las claves del escáner de la policía, que está intervenido por los periodistas. También por los narcotraficantes, que en ocasiones anuncian la autoría de sus hechos interrumpiendo la señal con música de corridos mexicanos: unos son los preferidos del Cártel de Juárez y otros los de Sinaloa.

Para acordarme del número exacto de muertitos, como se les llama en el argot periodístico de Juárez, he mirado mis notas. A veces, he estado en el lugar menos de quince minutos. Había que salir a otro evento. Las distancias en Ciudad Juárez son grandes. Como su cielo de azul feroz y sus mágicos atardeceres. Como también los porqués. Desde que regresé, han sido ejecutadas más de mil quinientas personas. En menos de siete meses. Como un estadio lleno de gente que de pronto desaparece ante tus ojos.